

santo domingo

VERANO '12

(Por Sergio Olguín) En enero de 1994 hice el amor con una mulata dominicana. Fueron treinta días maravillosos en los que sólo me dedicué a tomar sol, bañarme en el Caribe, castigarnos con la mulata y armar un comando revolucionario con sus amigos.

A la mulata la conocí en Buenos Aires el invierno anterior. Había venido a un oscuro encuentro de intelectuales organizado por el centro de estudiantes de mi facultad en conmemoración del quincuagésimo aniversario de la primera autocrítica del Partido Comunista. Ella había leído un texto muy poético que hablaba de Martí que nadie escuchó y ahí mismo me acerqué para invitarla a dar un recital de poesía en una librería de la calle Corrientes cuyo dueño era amigo mío. Quedamos en vernos al otro día. Llegué media hora tarde y no se me ocurrió mejor excusa que justificar mi tardanza dando a entender que debido a mi activismo político los servicios secretos andaban detrás de mí y que debía andar con cuidado porque querían matarme. La mulata se entusiasmó, me pidió más datos de mi vida. Yo mentí, mentí, mentí hasta cansarme. Me pidió que le prometiera que en enero iba a ir a la República Dominicana, que ella me iba a pagar el pasaje, que había amigos suyos que yo debía conocer, que yo debía ayudarlos. Yo dije sí a todo. Cuando intenté avanzar sobre sus zonas más elocuentes me paró en seco, pero dejó entrever que en enero iba a ser distinto. Y así fue.

Estos dominicanos están de la cabeza. Ellos creen que sé todo, desde armar una bomba a limpiar un fusil. Ellos creen que estoy conectado con Fidel, con Marcos y que participé en la liberación de Managua (yo entonces tenía trece años). Ellos creen que estoy dispuesto a conducirlos hasta la "independencia definitiva", que estoy dispuesto a poner bombas en propiedades norteamericanas y que estoy dispuesto a dar mi vida por la causa. No pudieron evitar lo obvio y me llaman "el Che". Yo, mientras tanto, tomo sol, viajo de Santo Domingo a Punta Cana, hago el amor con mi mulata y pienso con qué excusa me voy a volver a Buenos Aires.

Cuando a la noche nos revolcamos desnudos en la arena y quedamos extenuados y yo miro la luna y ella canta bajito temas de Juan Luis Guerra, pienso que tal vez no estaría nada mal ser el que creen que soy, liberar la isla, morir combatiendo y que treinta años después busquen los restos de mis huesos en un lugar perdido del mundo. Pero es un delirio. Sólo tengo que pensar cómo hago para regresar a casa sano, salvo y con este color caribeño que me sienta tan bien.



Había tres *filala* que vendían cuero en Tabelbala: dos hermanos y el hijo pequeño de su hermana. Los dos mercaderes mayores eran serios, hombres barbudos a quienes les gustaba meterse en complicadas discusiones teológicas en su *hanut* cercano al mercado mientras transcurrían con lentitud las horas de calor; el joven, como es natural, se ocupaba casi exclusivamente de las muchachas negras en el pequeño *quartier réservé*. Había una que parecía más atractiva que las demás, así que lo sintió un poco cuando sus mayores anunciaron que pronto se pondrían en camino hacia Tessalit. Pero casi todas las ciudades tenían su *quartier* y Driss estaba razonablemente seguro de poder conseguir a cualquier encantadora residente de cualquier *quartier*, a pesar de sus actuales líos emocionales; así pues, la decepción que sintió al oír hablar de la proyectada partida duró poco.

Los tres *filala* esperaron el tiempo frío para ponerse en camino hacia Tessalit. Dado que querían llegar allí pronto, eligieron la ruta más occidental, que es, por otra parte, la que atraviesa las regiones más remotas lindantes con las tierras de las tribus *reguibat*, que se dedican al saqueo. Pero hacía mucho tiempo que los rudos hombres de las montañas no se lanzaban desde la *hammada* sobre una caravana; la mayoría de la gente opinaba que, desde la guerra del Sarrho, habían perdido la mayor parte de sus armas y municiones y, lo que era aún más importante, su espíritu. Además, un minúsculo grupo de tres hombres y sus camellos difícilmente podían despertar las envidias de los *reguibat*, tradicionalmente enriquecidos con los botines de toda la región de Río de Oro y Mauritania.

En Tabelbala, sus amigos, casi todos ellos mercaderes de cuero *filali*, los acompañaron caminando entristecidos hasta los límites de la ciudad; luego se despidieron y los vieron montar en sus camellos para perderse lentamente en el luminoso horizonte.

—¿Si os encontráis algún *reguibat* hacéd que corra delante de vosotros! —gritaron.

El peligro se hallaba principalmente en el territorio que alcanzarían sólo a tres o cuatro días de viaje desde Tabelbala, tras una semana habrían dejado atrás del todo el límite de tierra amenazado por los *reguibat*. El tiempo era frío salvo a mediodía. Por la noche hacían turnos de guardia; cuando Driss velaba sacaba una flautita cuyas estridentes notas hacían fruncir el entrecejo a su tío de mayor edad, quien le decía que se fuera a sentar a cierta distancia de las mantas donde dormían. Driss se pasaba la noche entera tocando todas las canciones tristes que recordaba; las alegres, en su opinión, pertenecían al *quartier*, donde nunca se estaba solo.

Cuando sus tíos estaban de guardia, permanecían sentados en silencio mirando hacia adelante en la noche. No había nadie más que ellos tres.

Pero un día apareció una figura solitaria desde el Oeste, acercándose a ellos a través de la llanura sin vida. Un hombre en camello; no habría trazas de que vinieran otros, aunque exploraron aquel erial en todas direcciones. Se detuvieron un rato; él se desvió ligeramente. Continuaron adelante; él volvió a cambiar de rumbo. No cabía duda de que quería hablar con ellos.

La última línea del magistral relato que aquí se presenta alcanza y sobra para ubicar a Bowles junto a las mejores pesadillas de Poe. Exiliado en Tánger por elección y privilegio, compositor musical y escritor de una ominosa delicadeza, desde hace años se ha convertido —Truman Capote, los beatniks y siguen las firmas— en acertado destino de peregrinación. Sus cuentos —reunidos por Alfaguara en *Cuentos escogidos*— y sus novelas —entre ellas la perfecta *El cielo protector*—, también.

—Bueno, que se acerque —gruñó el mayor lanzando otra mirada iracunda al horizonte—. Cada uno de nosotros tiene un arma.

Driss se echó a reír. Le parecía absurdo plantearse siquiera la posibilidad de que surgiera un conflicto con un solo hombre.

Cuando finalmente la figura se acercó a la distancia de un grito, los saludó con una voz semejante a la de un almuecín:

—*S'li'm aleikum!*

Se detuvieron, pero no se apearon, esperando a que el hombre se acercara más. Al poco volvió a gritarles; ahora respondió el *filali* de más edad, pero la distancia seguía siendo demasiado grande para que su voz llegara y el hombre no oyó su saludo. Al poco rato estuvo lo bastante cerca como para que ellos pudiesen ver que no iba vestido como los *reguibat*. Entre ellos murmuraron:

—Viene del Norte, no del Oeste.

Y se sintieron contentos. Sin embargo, cuando llegó junto a ellos permanecieron en los camellos haciendo reverencias desde donde estaban y buscando constantemente en el nuevo rostro y en las prendas que había debajo alguna nota falsa que pudiese revelar la posible verdad: que el hombre era un explorador de los *reguibat*, que estarían esperando arriba en la *hammada* a sólo unas pocas horas de distancia, o se hallarían ahora mismo siguiendo una dirección paralela a la de la pista, cerniéndose sobre ellos de modo que no llegarían a ser visibles hasta

después de que oscureciera.

Ciertamente el extraño no era ningún *reguibat*; era ágil y alegre, de tez clara y muy poca barba. A Driss no le gustaban aquellos ojillos inquietos que parecían llevarse todo sin dar nada, pero su reacción pasajera se convirtió sólo en una parte de la desconfianza general e inicial que se dispó por completo cuando supieron que el hombre era un mungarí. Mungar es un lugar sagrado en esa parte del mundo y sus pocos residentes son tratados con respeto por los peregrinos que acuden a visitar el santuario en ruinas que se halla en las proximidades.

El recién llegado no se esforzó por ocultar el miedo que había sentido hallándose a solas en la región y la satisfacción que le producía encontrarse ahora con otros tres hombres. Desmontaron todos y prepararon té para sellar su amistad, siendo el mungarí quien facilitó el carbón vegetal.

Durante la tercera ronda hizo la sugerencia de, que puesto que iba más o menos en la misma dirección, les acompañaría hasta Taudeni. Con sus brillantes ojos negros saltando como dardos de un *filali* a otro, les contó que era un excelente tirador y que estaba seguro de poder proporcionarles algo de carne de gacela durante la travesía o, cuando menos, un *audad*. Los *filala* meditaron en silencio; por fin dijo el de más edad:

—De acuerdo.

Aun cuando el mungarí resultara no ser tan hábil cazador como pretendía, serían cuatro en el viaje en lugar de tres. Dos mañanas después, en el silencio enorme del alba, el mungarí señaló unas pequeñas colinas que se extendían a su lado en el Este:

—Tímma. Conozco esa tierra. Esperad aquí. Si me oís disparar, venid porque eso quiere decir que hay gacelas.

El mungarí se marchó a pie trepando entre los peñascos y desapareció tras la cumbre más próxima. "Se fía de nosotros —pensaban los *filala*—. Ha dejado su *mehari*, sus mantas, sus bultos." No dijeron nada, pero cada uno de ellos sabía que los otros estaban pensando lo mismo que él y todos sintieron afecto hacia el extraño. Permanecieron allí sentados en el frío de la madrugada mientras los camellos refunfuñaban.

Parecía improbable que resultara haber gacela alguna en la región, pero si las había y el mungarí era tan buen cazador como afirmaba, entonces había una oportunidad de que aquella noche cenaran *mechui* de gacela, y eso sería estupendo.

Poco a poco el sol se fue elevando en el cielo azulísimo. Uno de los camellos se levantó pesadamente y se marchó en busca de algún cardo muerto o un arbusto entre las rocas, algún resto de un año en que hubiera llovido. Cuando desapareció, Driss fue a buscarlo y gritando "*¡Hu!*" lo trajo con los demás.

Se sentó. De pronto se escuchó un estampido, siguió un largo intervalo de silencio y luego se oyó otro disparo. Las detonaciones eran bastante lejanas, pero perfectamente claras en el absoluto silencio. El hermano mayor dijo:

—Voy yo. ¿Quién sabe? Puede haber muchas gacelas.

Trepó por las rocas con el arma en la mano y desapareció.

Volvieron a esperar. Ahora, cuando llegaron los disparos, procedían de dos armas.

—¡A lo mejor han matado una! —exclamó Driss.

—*Yemkin*. Con la ayuda de Alá —repuso su tío levantándose y cogiendo su arma—. Quiero probar suerte yo también.

Driss estaba desilusionado: esperaba haber ido él. Si se hubiera levantado un mo-

mento antes hubiera sido posible, pero aun así era probable que le dejaran allí para vigilar los *mehara*. En cualquier caso ahora era demasiado tarde, su tío había hablado.

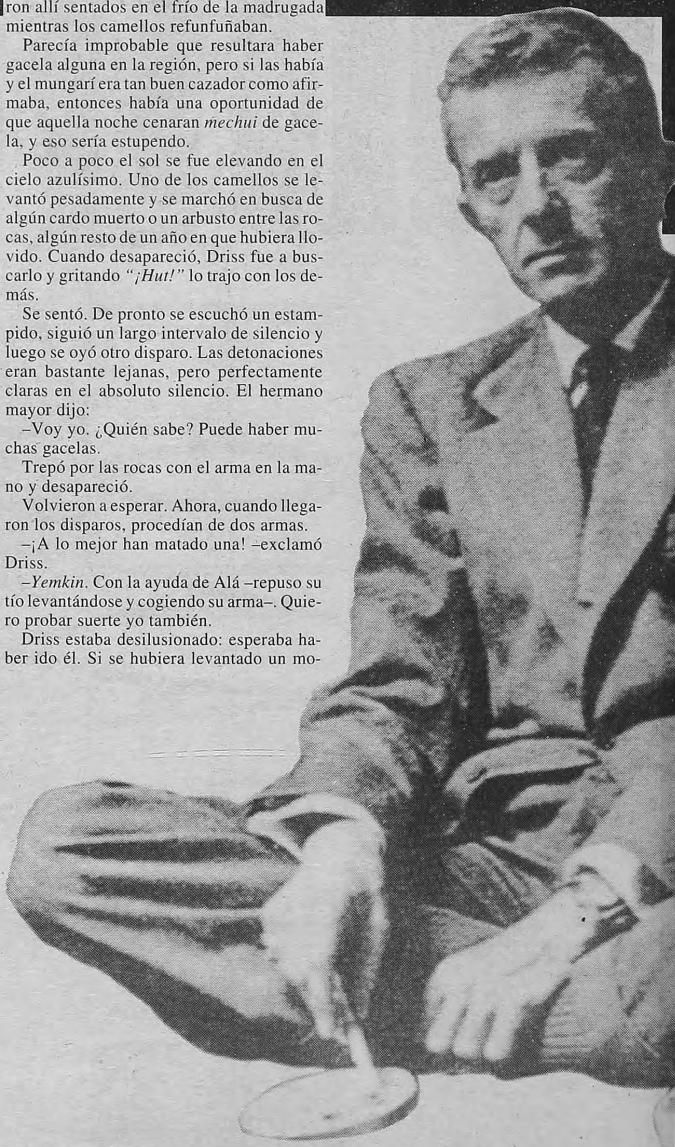
—Bueno.

Su tío se marchó cantando una canción de Tafilalet: hablaba de palmeras datileras y sonrisas ocultas. Durante varios minutos Driss escuchó retazos de la canción cuando la melodía llegaba a las notas altas. Luego el sonido se perdió en el silencio envolvente.

Esperó. El sol empezó a caer con mucha fuerza. Se cubrió la cabeza con su albornoz. Los camellos se miraban estúpidamente estirando el cuello y enseñando sus dientes marrones y amarillos. Pensó en tocar la flauta pero no parecía el momento apropiado: estaba demasiado inquieto, demasiado deseoso de estar allí arriba con su arma, agazapado tras las rocas, acechando a la delicada presa. Pensó en Tessalit y se preguntó qué aspecto tendría. Lleno de negros y de tuaregs y sin duda más animado que Tabelbala por la carretera que lo atravesaba. Se oyó un disparo. Esperó oír más, pero no fue así. Volvió a imaginarse allí entre los peñascos apuntando a un animal que pasaba volando. Apretaba el gatillo, el animal caía. Aparecían otros y les acertaba a todos. En la oscuridad, los viajeros se sentaban alrededor del fuego hartándose de la sabrosa carne asada; los rostros brillantes de grasa. Todos estaban contentos e incluso el mungarí reconocía que el joven *filali* era el mejor cazador de todos.

Con el creciente calor se quedó adormilado y su mente jugueteaba con un paisaje de suaves muslos y senos duros y pequeños que surgían como dunas de arena; retazos de canciones flotaban como nubes en el cielo y el aire se espesaba con el aroma de la untuosa carne de gacela.

Se incorporó y miró rápidamente a su alrededor. Los camellos estaban tumbados con el cuello extendido en el suelo ante ellos. Nada había cambiado. Se puso en pie y exploró inquieto el paisaje rocoso. Mientras dormía, una presencia hostil se había desli-



La última línea del magistral relato que aquí se presenta alcanza y sobra para ubicar a Bowles junto a las mejores pesadillas de Poe. Exiliado en Tángor por elección y privilegio, compositor musical y escritor de una ominosa delicadeza, desde hace años se ha convertido —Truman Capote, los beatniks y siguen las firmas— en acertado destino de peregrinación. Sus cuentos reunidos por Alfaguara en *Cuentos escogidos* y sus novelas —entre ellas la perfecta *El cielo protector*—, también.

había tres *filala* que vendían cuero en Tabebla. Los hermanos y el hijo pequeño de su hermana. Los dos mercaderes mayores eran serios, hombres barbudos a quienes les gustaba meterse en complicadas discusiones teológicas en su *hanut* cercano al mercado mientras transcurrían con lentitud las horas de calor; el joven, como es natural, se ocupaba casi exclusivamente de las muchachas negras en el pequeño *quartier réservé*. Había una que parecía más atractiva que las demás, así que le hicieron poco cuando sus mayores anunciaron que pronto se pondrían en camino hacia Tessalit. Pero casi todas las ciudades tenían su *quartier* y Driss estaba razonablemente seguro de poder conseguir a cualquier encantadora residente de cualquier *quartier*, a pesar de sus actuales lés emocionales; así pues, la decepción que sintió al oír hablar de la proyectada partida duró poco.

Los tres *filala* esperaron el tiempo frío para ponerse en camino hacia Tessalit. Dado que querían llegar allí pronto, eligieron la ruta más occidental, que es, por otra parte, la que atraviesa las regiones más remotas lindantes con las tierras de las tribus *reguibat*, que se dedicaban al saqueo. Pero hacía mucho tiempo que los rudos hombres de las montañas no se lanzaban desde la *hammada* sobre una caravana; la mayoría de la gente opinaba que, desde la guerra del Sáhara, habían perdido la mayor parte de sus armas y municiones y, lo que era aún más importante, su espíritu. Además, un minúsculo grupo de tres hombres y sus camellos difícilmente podían despertar las envidias de los *reguibat*, tradicionalmente enriquecidos con los botines de toda la región de Río de Oro y Mauritania.

En Tabebla, sus amigos, casi todos ellos mercaderes de cuero *filali*, los acompañaron caminando entristecidos hasta los límites de la ciudad; luego se despidieron y los vieron montar en sus camellos para perderse lentamente en el luminoso horizonte.

—¿Si os encontráis algún *reguibat* haced que corra delante de vosotros! —gritaron.

El peligro se hallaba principalmente en el territorio que alcanzarían sólo a tres o cuatro días de viaje desde Tabebla, tras una semana habrían dejado atrás del todo el límite de tierra amenazado por los *reguibat*.

El tiempo era frío salvo a mediodía. Por la noche hacían turnos de guardia; cuando Driss velaba sacaba una flautilla cuyas estridentes notas hacían fruncir el entrecejo a su tío de mayor edad, quien le decía que se fuera a sentir a cierta distancia de las mantas donde dormían. Driss se pasaba la noche entera tocando todas las canciones tristes que recordaba; las alegres, en su opinión, pertenecían al *quartier*, donde nunca se estaba solo.

Cuando sus tíos estaban de guardia, permanecían sentados en silencio mirando hacia adelante en la noche. No había nadie más que ellos tres.

Pero un día apareció una figura solitaria desde el Oeste, acercándose a ellos a través de la llanura sin vida. Un hombre en camello; no habría trazas de que vinieran otros, aunque exploraron aquel erial en todas direcciones. Se detuvieron un rato; él se desvió ligeramente. Continuaron adelante; él volvió a cambiar de rumbo. No cabía duda de que quería hablar con ellos.

—Bueno, que se acerque —gruñó el mayor lanzando otra mirada iracunda al horizonte—. Cada uno de nosotros tiene un arma.

Driss se echó a reír. Le parecía absurdo plantearse siquiera la posibilidad de que surgiera un conflicto con un solo hombre.

Cuando finalmente la figura se acercó a la distancia de un grito, los saludó con una voz semejante a la de un almucíen:

—*S'ni'm aleikim!*

Se detuvieron, pero no se apearon, esperando a que el hombre se acercara más. Al poco volvió a gritarles; ahora respondió el *filali* de más edad, pero la distancia seguía siendo demasiado grande para que su voz llegara y el hombre no oyó su saludo. Al poco rato estuvo lo bastante cerca como para que ellos pudiesen ver que no iba vestido como los *reguibat*. Entre ellos murmuraron:

—Viene del Norte, no del Oeste.

Y se sintieron contentos. Sin embargo, cuando llegó junto a ellos permanecieron en los camellos haciendo reverencias desde donde estaban y buscando constantemente en el nuevo rostro y en las prendas que había debajo alguna nota falsa que pudiese revelar la posible verdad; que el hombre era un explorador de los *reguibat*, que estaban esperando arriba en la *hammada* a solo unas pocas horas de distancia, o se hallarían ahora mismo siguiendo una dirección paralela a la de la pista, ceriéndose sobre ellos de modo que no llegarían a ser visibles hasta

después de que ocurriera.

Ciertamente el extraño no era ningún *reguibat*; era ágil y alegre, de tez clara y muy poca barba. A Driss no le gustaban aquellos ojillos inquietos que parecían llevárselo todo sin dar nada, pero su reacción pasajera se convirtió sólo en una parte de la desconfianza general e inicial que se dispuso por completo cuando supieron que el hombre era un *mungari*. Mungar es un lugar sagrado en esa parte del mundo y sus pocos residentes son tratados con respeto por los peregrinos que acuden a visitar el santuario en ruinas que se halla en las proximidades.

El recién llegado no se esforzó por ocultar el miedo que había sentido hallándose a solas en la región y la satisfacción que le producía encontrarse ahora con otros tres hombres. Desmontaron todos y prepararon para sellar su amistad, siendo el *mungari* quien facilitó el cordón vegetal.

Durante la tercera ronda hizo la sugerencia de, que puesto que iba más o menos en la misma dirección, les acompañara hasta Taudi. Con sus brillantes ojos negros saltando como dardos de un *filali* a otro, les contó que era un excelente tirador y que estaba seguro de poder proporcionarles algo de carne de gacela durante la travesía, o cuando menos, un *audad*. Los *filala* meditaron en silencio; por fin dijo el de más edad:

—De acuerdo.

Aun cuando el *mungari* resultara no ser tan hábil cazador como pretendía, serían cuatro en el viaje en lugar de tres. Dos mañanas después, en el silencio enorme del alba, el *mungari* señaló unas pequeñas colinas que se extendían a su lado en el Este:

—¡Timma. Conozco esa tierra. Esperad aquí. Si me oís disparar, venid porque eso quiere decir que hay gacelas.

El *mungari* se marchó a pie trepando entre los peñascos y desapareció tras la cumbre más próxima. "Se fía de nosotros —pensaba los *filala*—. Ha dejado su *mechari*, sus bultos." No dijeron nada, pero cada uno de ellos sabía que los otros estaban pensando lo mismo que él y todos sintieron afecto hacia el extraño. Permanecían allí sentados en el frío de la madrugada mientras los camellos refunfuñaban.

Parecía improbable que resultara haber gacela alguna en la región, pero si las había y el *mungari* era tan buen cazador como afirmaba, entonces había una oportunidad de que aquella noche cenaran *mechari* de gacela, y eso sería estupendo.

Poco a poco el sol se fue elevando en el cielo azulísimo. Uno de los camellos se levantó pesadamente y se marchó en busca de algún carno muerto o un arbusto entre las rocas, algún resto de un año en que hubiera llovido. Cuando desapareció, Driss fue a buscarlo y gritando "*Hau!*" lo trajo con los demás.

Se sentó. De pronto se escuchó un estampido, siguió un largo intervalo de silencio y luego se oyó otro disparo. Las detonaciones eran bastante lejanas, pero perfectamente claras en el absoluto silencio. El hermano mayor dijo:

—¡Voy yo. ¿Quién sabe? Puede haber muchas gacelas.

Trepó por las rocas con el arma en la mano y desapareció.

Volvieron a esperar. Ahora, cuando llegaron los disparos, procedían de dos armas.

—¡A lo mejor han matado una! —exclamó Driss.

—*Yemkin*. Con la ayuda de Alá —repuso su tío levantándose y cogiendo su arma—. Quiero probar suerte yo también.

Driss estaba desilusionado: esperaba haber ido él. Si se hubiera levantado un mo-

mento antes hubiera sido posible, pero aun así era probable que le dejaran allí para vigilar los *mechari*. En cualquier caso ahora era demasiado tarde, su tío había hablado.

—Bueno.

Su tío se marchó cantando una canción de Tafiilet: hablaba de palmeras datileras y sonajas ocultas. Durante varios minutos Driss escuchó retazos de la canción cuando la melodía llegaba a las notas altas. Luego el sonido se perdió en el silencio envolvente.

Esperó. El sol empezó a caer con mucha fuerza. Se cubrió la cabeza con su albornoz. Los camellos se miraban estupidamente estirando el cuello y enseñando sus dientes amarillos y amarillos. Pensó en tocar la flauta, pero no parecía el momento apropiado: estaba demasiado inquieto, demasiado desecho de estar allí arriba con su arma, agazapado tras las rocas, acechando a la delicada presa. Pensó en Tessalit y se preguntó qué aspecto tendría. Lleno de negros y de tuareges y sin duda más animado que Tabebla por la carretera que lo atravesaba. Se oyó un disparo. Esperó oír más, pero no fue así. Volvió a imaginarse allí entre los peñascos apuntando a un animal que pasaba volando. Apretaba los dedos en la boca.

Durante dos o tres horas continuó el camino sin apenas darse cuenta de hacia dónde caminaba el *mechari*. De pronto se irguió en la silla, lanzó un juramento contra sí mismo y, enfurecido, dio media vuelta a la cabalgadura. En aquel mismo momento sus ojos podían estar sentados en el campamento con el *mungari* preparando un *mechari* y una hoguera preguntándose tristemente por qué su sobrino les había abandonado. O tal vez hubiera puesto en marcha para buscarle. No habría excusa posible para su conducta, que había sido resultado de un horror absurdo. Mientras pensaba en esto crecía la irritación que sentía contra sí mismo: se había comportado de un modo imperdonable. Era más de mediodía; el sol estaba en poniente. Sería tarde cuando llegara. Ante la perspectiva de los inevitables reproches y las risas de burla con que lo recibirían sintió que el

zudo en su conciencia. Al traducir a pensamientos lo que ya había intuido lanzó un grito. Desde el primer momento en que vio aquellos ojillos inquietos había sentido desconfianza del *mungari*, pero como sus tíos lo habían aconsejado, Driss alejó la sospecha a los rincones más oscuros de su mente. Ahora, liberada en el sueño, había regresado de golpe. Se volvió hacia la ardiente ladera y miró fijamente entre los peñascos, hacia las negras sombras. En su memoria volvió a oír los disparos entre las rocas y supo lo que significaban. Perdiendo el aliento en un sollozo corrió a montarse en su *mechari*, lo obligó a levantarse y llevaba ya varios centenares de pasos cuando se dio cuenta de lo que estaba haciendo. Detuvo al animal para que diera sentido en silencio un momento volviendo la mirada al campamento con miedo e indecisión. Si sus tíos estaban muertos no le quedaba otro remedio que salir a pleno desierto lo antes posible; huir de las rocas donde podía ocultarse el *mungari* mientras apuntaba.

Y así, sin conocer el camino para ir a Tessalit y sin comida ni agua suficiente, se puso en marcha levantando a voz en cuando una mano para secarse las lágrimas.

Durante dos o tres horas continuó el camino sin apenas darse cuenta de hacia dónde caminaba el *mechari*. De pronto se irguió en la silla, lanzó un juramento contra sí mismo y, enfurecido, dio media vuelta a la cabalgadura. En aquel mismo momento sus ojos podían estar sentados en el campamento con el *mungari* preparando un *mechari* y una hoguera preguntándose tristemente por qué su sobrino les había abandonado. O tal vez hubiera puesto en marcha para buscarle. No habría excusa posible para su conducta, que había sido resultado de un horror absurdo. Mientras pensaba en esto crecía la irritación que sentía contra sí mismo: se había comportado de un modo imperdonable. Era más de mediodía; el sol estaba en poniente. Sería tarde cuando llegara. Ante la perspectiva de los inevitables reproches y las risas de burla con que lo recibirían sintió que el

rostro le ardía de vergüenza y espoleó con rabia los costados del *mechari*.

Un buen rato antes de llegar al campamento oyó cantar. Esto le sorprendió. Se detuvo y escuchó; la voz estaba demasiado lejos para poder identificarla, pero Driss estaba seguro de que era la del *mungari*. Siguió rodeando la ladera del monte hasta llegar a un lugar donde se veían perfectamente los camellos. La canción dejó de oírse y reinó el silencio. Algunos de los fardos habían vuelto a ser cargados en los camellos en preparación para la partida. El sol había descendido mucho y las sombras de las rocas se alargaban sobre la tierra. No había señales de que sus tíos hubieran cazado nada. Los llamó dispuesto a bajarse. Casi en el mismo momento se oyó un disparo muy cerca y escuchó el pequeño ruido silbante de un proyectil que le pasaba rozando la cabeza. Cogió su arma. Se oyó otro disparo y sintió un dolor intenso en el brazo; el arma cayó al suelo.

Durante un momento permaneció allí sujetándose el brazo aturdido. Luego saltó rápidamente al suelo, permaneció agazapado entre las piedras y extendió el brazo indemne para coger el arma. Al tocarla se oyó un tercer disparo y el rifle saltó por el suelo hacia el envuelto en una nube de polvo. Retiró la mano y se la miró: estaba oscura y goteara sangre. En ese momento el *mungari* cruzó a saltos el espacio abierto que mediaba entre ellos. Antes de que Driss pudiese levantarse el hombre estaba encima y lo había derribado con la culata de su rifle. El cielo tranquilo se extendía en lo alto; el *mungari* levantó la vista para mirarlo desafiante. Se sentó a horcajadas sobre el joven que estaba tendido boca arriba y le clavó el rifle en el cuello, justo debajo de la barbilla, mascullando:

—¡Petro *filali*!

Driss levantó la mirada hacia él con cierta curiosidad. El *mungari* tenía las de ganar. Driss no podía hacer nada más que esperar. Miró aquel rostro a la luz del sol y descubrió una intensidad peculiar en él. Reconstruyó la imagen de su tío en su mente.

Driss se levantó, se alejó y terminó la operación de cargar los camellos que había comenzado el día anterior. Hecho esto puso un buen rato arrastrando el cuerpo hasta el pie de la colina y escondiéndolo allí entre las rocas.

Para transportar la mercancía de los *filala* a Tessalit (ya que en Taudi no encontraría compradores) era necesario que se llevara los *mechari*. Cuando llegó habían transcurrido cincuenta días. Tessalit es una ciudad pequeña. Cuando el *mungari* empezó a enseñar el cuero a la gente, un viejo *filali* que vivía allí y a quien la gente llamaba Esh Shibani se enteró de su presencia. Acudió a ver los cueros como eventual comprador y el *mungari* cometió la imprudencia de dejarle que examinara la mercancía. El cuero de *filali* es inconfundible y solo ellos lo com-

en la expresión: es la que produce el hachís. Arrastrado por sus abrasantes vapores, un hombre puede escaparse muy lejos del mundo del significado. Sólo existe el cielo que se desvanecía. El rifle lo ahogaba un poco.

—¿Dónde están mis tíos? —susurró.

El *mungari* empujó con más fuerza el rifle contra la garganta, se agachó un poco hacia el y con una mano le arrancó el *seruel* dejándolo desnudo de cintura para abajo: Driss se revolvió un poco al sentir debajo las piedras frías.

Luego el *mungari* sacó una cuerda y le ató los pies. Dio dos pasos hacia la cabeza y repentinamente se dio la vuelta clavándole el rifle en el ombligo. Con la otra mano le sacó el resto de la ropa por la cabeza y le ató las muñecas. Usando una vieja navaja de barbero cortó la cuerda sobre el cuello. Desde todo este tiempo Driss llamaba a sus tíos por su nombre, en voz alta, primero a uno y luego a otro.

El hombre se apartó y observó el cuerpo joven tendido sobre las piedras. Pasó el dedo por la hoja de la navaja; una agradable excitación se apoderó de él. Se acercó, bajó la vista y miró el sexo que surgía en la base del vientre. No del todo consciente de lo que hacía, lo cogió con una mano y pasó el otro brazo por debajo con el movimiento de un segador blandiendo una hoz. Lo cercenó de un tajo. Quedó un agujero redondo y oscuro al nivel de la piel: lo miró un momento con atención, sin verlo. Driss lanzaba alaridos. Todos los músculos de su cuerpo sobresalían, se agitaban.

Lentamente el *mungari* sonrió, enseñando los dientes. Puso la mano sobre el duro vientre del muchacho y alisó la piel. Entonces hizo una incisión vertical y, utilizando las dos manos, insertó con gran cuidado el órgano cortado, que desapareció.

Mientras se limpiaba las manos en la arena uno de los camellos emitió un repentino gruñido. El *mungari* se levantó de un salto y dio media vuelta salvajemente, enarbolando la navaja en el aire. Luego, avergonzado de su temor, pensando que quizás Driss estuviera observándolo y burlándose de él (aunque los ojos del joven estaban cegados por el dolor), le dio un puntapié en el estómago que le obligó a caer boca abajo, con pequeños movimientos espasmódicos.

Mientras el *mungari* seguía sus convulsiones con la mirada, le vino una nueva idea. Estaría bien infligir una última humillación al joven *filali*. Se lanzó sobre él y esta vez disfrutó sin prisas, vociferando. Al final se quedó dormido.

Al amanecer se despertó y buscó su navaja, que estaba allí cerca en el suelo. Driss gemía débilmente. El *mungari* le dio la vuelta y fue pasándole la navaja por el cuello con un balanceo como el de una sierra hasta que estuvo seguro de haberle seccionado la tráquea. Luego se levantó, se alejó y terminó la operación de cargar los camellos que había comenzado el día anterior. Hecho esto puso un buen rato arrastrando el cuerpo hasta el pie de la colina y escondiéndolo allí entre las rocas.

Para transportar la mercancía de los *filala* a Tessalit (ya que en Taudi no encontraría compradores) era necesario que se llevara los *mechari*. Cuando llegó habían transcurrido cincuenta días. Tessalit es una ciudad pequeña. Cuando el *mungari* empezó a enseñar el cuero a la gente, un viejo *filali* que vivía allí y a quien la gente llamaba Esh Shibani se enteró de su presencia. Acudió a ver los cueros como eventual comprador y el *mungari* cometió la imprudencia de dejarle que examinara la mercancía. El cuero de *filali* es inconfundible y solo ellos lo com-

pran y venden en gran cantidad. Esh Shibani sabía que el *mungari* los había obtenido ilegalmente, pero no dijo nada. Cuando unos días más tarde llegó otra caravana de Tabebla con amigos de los tres *filala* que preguntaron por ellos y se inquietaron al saber que no habían llegado, el anciano acudió al Tribunal. Tras salvar algunas dificultades encontró a un francés que estaba dispuesto a escucharle. Al día siguiente el *Commandant* y dos subalternos hicieron una visita al *mungari*. Le preguntaron cómo era que tenía tres *mechari* de más que todavía llevaban arreos de los *filala*; sus respuestas se volvieron evasivas. Los franceses escucharon muy serios, le dieron las gracias y se marcharon. El *mungari* no vio cómo el *Commandant* había un guiso a los otros al salir a la calle, así que se quedó sentado en el patio sin saber que había sido juzgado y declarado culpable.

Los tres franceses volvieron al Tribunal donde los mercaderes *filala* recién llegados estaban sentados con Esh Shibani. La historia se había repetido ya más de una vez: no existía la menor duda sobre la culpa del *mungari*.

—Es vuestro —dijo el *Commandant*—. Haced con él lo que queráis.

Los *filala* se deshicieron en muestras de agradecimiento, celebraron una breve confraternidad con el anciano Shibani y salieron majestuosamente en grupo. Cuando llegaron a la vivienda del *mungari* éste se encontraba preparando el té. Al levantar la vista un escalofrío recorrió su espina dorsal. Empezó a decirles a gritos que él era inocente; ellos no dijeron palabra, pero con el cañon de un rifle le hicieron levantarse y le lanzaron contra una esquina donde continuó farfallando y rimioteando. Bebieron en silencio el té que había preparado, hicieron más y al oscurecer salieron. Lo atoraron a uno de los *mechari*, montaron en los suyos y atravesaron en silenciosa procesión (silenciosa salvo por el *mungari*) las puertas de la ciudad internándose en el infinito yermo.

Prosiguieron el camino durante media ho-

ra hasta que llegaron a una región del desierto nunca frecuentada. Atado el camello, el *mungari* se debatía delirante, mientras cavaban una fosa como para hacer un pozo; cuando terminaron, lo descolgaron del animal, todavía bien atado, y lo metieron de pie en ella. Luego rellenaron todo el espacio alrededor de su cuerpo con arena y piedras y dejaron solamente la cabeza sobre la superficie de la tierra. A la débil luz de la luna nueva su cráneo afiteado y el turbante se asemejaban bastante a una piedra. El *mungari* seguía suplicándole e invocando a Alá y a Sidi Ahmed Ben Musda para que atestiguaran su inocencia. Pero podía haber estado cantando una canción, por la atención que prestaban a sus palabras. Después los *filala* se pusieron en camino hacia Tessalit; en unos instantes estuvieron fuera del alcance de sus gritos.

Cuando se marcharon el *mungari* enmudeció esperando, tras las horas de frío, el sol que primero lo calentaría y luego lo abrasaría, llevándole sed, sueño y visiones. A la noche siguiente no sabía dónde estaba, no sentía el frío. A ras del suelo el viento le metía el polvo en la boca mientras cantaba.

SS Saturnia

Nueva York-Gibraltar, 1948

(Traducción de Guillermo Lorenz)

Se reproduce aquí por gentileza de Editorial Alfaguara.

zado en su conciencia. Al traducir a pensamientos lo que ya había intuido lanzó un grito. Desde el primer momento en que vio aquellos ojillos inquietos había sentido desconfianza del mungarí, pero como sus tíos lo habían aceptado, Driss alejó la sospecha a los rincones más oscuros de su mente. Ahora, liberada en el sueño, había regresado de golpe. Se volvió hacia la ardiente ladera y miró fijamente entre los peñascos, hacia las negras sombras. En su memoria volvió a oír los disparos entre las rocas y supo lo que significaban. Perdiendo el aliento en un sollozo corrió a montarse en su *mehari*, lo obligó a levantarse y llevaba ya varios centenares de pasos cuando se dio cuenta de lo que estaba haciendo. Detuvo al animal para quedarse sentado en silencio un momento volviendo la mirada al campamento con miedo e indecisión. Si sus tíos estaban muertos no le quedaba otro remedio que salir a pleno desierto lo antes posible; huir de las rocas donde podía ocultarse el mungarí mientras apuntaba.

Y así, sin conocer el camino para ir a Tessalit y sin comida ni agua suficiente, se puso en marcha levantando de vez en cuando una mano para secarse las lágrimas.

Durante dos o tres horas continuó el camino sin apenas darse cuenta de hacia dónde caminaba el *mehari*. De pronto se irguió en la silla, lanzó un juramento contra sí mismo y, enfurecido, dio media vuelta a la cabalgadura. En aquel mismo momento sus tíos podían estar sentados en el campamento con el mungarí preparando un *mechui* y una hoguera preguntándose tristemente por qué su sobrino les había abandonado. O tal vez se habían puesto en marcha para buscarle. No habría excusa posible para su conducta, que había sido resultado de un horror absurdo. Mientras pensaba en esto crecía la irritación que sentía contra sí mismo: se había comportado de un modo imperdonable. Era más de mediodía; el sol estaba en poniente. Sería tarde cuando llegara. Ante la perspectiva de los inevitables reproches y las risas de burla con que lo recibirían sintió que el

rostro le ardía de vergüenza y espoleó con rabia los costados del *mehari*.

Un buen rato antes de llegar al campamento oyó cantar. Esto le sorprendió. Se detuvo y escuchó; la voz estaba demasiado lejos para poder identificarla, pero Driss estaba seguro de que era la del mungarí. Siguió rodeando la ladera del monte hasta llegar a un lugar donde se veían perfectamente los camellos. La canción dejó de oírse y reinó el silencio. Algunos de los fardos habían vuelto a ser cargados en los camellos en preparación para la partida. El sol había descendido mucho y las sombras de las rocas se alargaban sobre la tierra. No había señales de que sus tíos hubieran cazado nada. Los llamó dispuesto a bajarse. Casi en el mismo momento se oyó un disparo muy cerca y escuchó el pequeño ruido silbante de un proyectil que le pasaba rozando la cabeza. Cogió su arma. Se oyó otro disparo y sintió un dolor intenso en el brazo; el arma cayó al suelo.

Durante un momento permaneció allí sujetándose el brazo aturdido. Luego saltó rápidamente al suelo, permaneció agazapado entre las piedras y extendió el brazo indemne para coger el arma. Al tocarla se oyó un tercer disparo y el rifle saltó por el suelo hacia él envuelto en una nube de polvo. Retiró la mano y se la miró: estaba oscura y goteara sangre. En ese momento el mungarí cruzó a saltos el espacio abierto que medía entre ellos. Antes de que Driss pudiese levantarse el hombre estaba encima y lo había derribado con la culata de su rifle. El cielo tranquilo se extendía en lo alto; el mungarí levantó la vista para mirarlo desafiante. Se sentó a horcadas sobre el joven que estaba tendido boca arriba y le clavó el rifle en el cuello, justo debajo de la barbilla, masacullando:

—¡Perro *filali*!

Driss levantó la mirada hacia él con cierta curiosidad. El mungarí tenía las de ganar; Driss no podía hacer nada más que esperar. Miró aquel rostro a la luz del sol y descubrió una intensidad peculiar en él. Recono-

cía la expresión: es la que produce el hachís. Arrastrado por sus abrasantes vapores, un hombre puede escaparse muy lejos del mundo del significado. Sólo existía el cielo que se desvanecía. El rifle lo ahogaba un poco.

—¿Dónde están mis tíos? —susurró.

El mungarí empujó con más fuerza el rifle contra la garganta, se agachó un poco hacia él y con una mano le arrancó el *seruel* dejándolo desnudo de cintura para abajo; Driss se revolvió un poco al sentir debajo las piedras frías.

Luego el mungarí sacó una cuerda y le ató los pies. Dio dos pasos hasta la cabeza y repentinamente se dio la vuelta clavándole el rifle en el ombligo. Con la otra mano le sacó el resto de la ropa por la cabeza y le ató las muñecas. Usando una vieja navaja de barbero cortó la cuerda sobrante. Durante todo este tiempo Driss llamaba a sus tíos por su nombre, en voz alta, primero a uno y luego a otro.

El hombre se apartó y observó el cuerpo joven tendido sobre las piedras. Pasó el dedo por la hoja de la navaja; una agradable excitación se apoderó de él. Se acercó, bajó la vista y miró el sexo que surgía en la base del vientre. No del todo consciente de lo que hacía, lo cogió con una mano y pasó el otro brazo por debajo con el movimiento de un segador blandiendo una hoz. Lo cercenó de un tajo. Quedó un agujero redondo y oscuro al nivel de la piel; lo miró un momento con atención, sin verlo. Driss lanzaba alaridos. Todos los músculos de su cuerpo sobresalían, se agitaban.

Lentamente el mungarí sonrió, enseñando los dientes. Puso la mano sobre el duro vientre del muchacho y alisó la piel. Entonces hizo una incisión vertical y, utilizando las dos manos, insertó con gran cuidado el órgano cortado, que desapareció.

Mientras se limpiaba las manos en la arena uno de los camellos emitió un repentino gruñido. El mungarí se levantó de un salto y dio media vuelta salvajemente, enarbolando la navaja en el aire. Luego, avergonzado de su temor, pensando que quizás Driss estuviera observándolo y burlándose de él (aunque los ojos del joven estaban cegados por el dolor), le dio un puntapié en el estómago que le obligó a caer boca abajo, con pequeños movimientos espasmódicos. Mientras el mungarí seguía sus convulsiones con la mirada, le vino una nueva idea. Estaría bien infligir una última humillación al joven *filali*. Se lanzó sobre él y esta vez disfrutó sin prisas, vociferando. Al final se quedó dormido.

Al amanecer se despertó y buscó su navaja, que estaba allí cerca en el suelo. Driss gemía débilmente. El mungarí le dio la vuelta y fue pasándole la navaja por el cuello con un balanceo como el de una sierra hasta que estuvo seguro de haberle segado la tráquea. Luego se levantó, se alejó y terminó la operación de cargar los camellos que había comenzado el día anterior. Hecho esto pasó un buen rato arrastrando el cuerpo hasta el pie de la colina y escondiéndolo allí entre las rocas.

Para transportar la mercancía de los *filala* a Tessalit (ya que en Taudeni no encontraría compradores) era necesario que se llevara los *mehara*. Cuando llegó habían transcurrido cincuenta días. Tessalit es una ciudad pequeña. Cuando el mungarí empezó a enseñar el cuero a la gente, un viejo *filali* que vivía allí y a quien la gente llamaba Esh Shibani se enteró de su presencia. Acudió a ver los cueros como eventual comprador y el mungarí cometió la imprudencia de dejarle que examinara la mercancía. El cuero de *filali* es inconfundible y sólo ellos lo com-

pran y venden en gran cantidad. Esh Shibani sabía que el mungarí los había obtenido ilegalmente, pero no dijo nada. Cuando unos días más tarde llegó otra caravana de Tabela con amigos de los tres *filala* que preguntaron por ellos y se inquietaron al saber que no habían llegado, el anciano acudió al Tribunal. Tras salvar algunas dificultades encontró a un francés que estaba dispuesto a escucharle. Al día siguiente el *Commandant* y dos subalternos hicieron una visita al mungarí. Le preguntaron cómo era que tenía tres *mehara* de más que todavía llevaban arreos de los *filala*; sus respuestas se volvieron evasivas. Los franceses escucharon muy serios, le dieron las gracias y se marcharon. El mungarí no vio cómo el *Commandant* les hacía un guiño a los otros al salir a la calle, así que se quedó sentado en el patio sin saber que había sido juzgado y declarado culpable.

Los tres franceses volvieron al Tribunal donde los mercaderes *filala* recién llegados estaban sentados con Esh Shibani. La historia se había repetido ya más de una vez; no existía la menor duda sobre la culpa del mungarí.

—Es vuestro —dijo el *Commandant*—. Haced con él lo que queráis.

Los *filala* se deshicieron en muestras de agradecimiento, celebraron una breve conferencia con el anciano Shibani y salieron majestuosamente en grupo. Cuando llegaron a la vivienda del mungarí éste se encontraba preparando el té. Al levantar la vista un escalofrío recorrió su espina dorsal. Empezó a decirles a gritos que él era inocente; ellos no dijeron palabra, pero con el cañón de un rifle le hicieron levantarse y lo lanzaron contra una esquina donde continuó farfuleando y gimoteando. Bebieron en silencio el té que había preparado, hicieron más y al oscurecer salieron. Lo ataron a uno de los *mehara*, montaron en los suyos y atravesaron en silenciosa procesión (silenciosa salvo por el mungarí) las puertas de la ciudad internándose en el infinito yermo.

Prosiguieron el camino durante media ho-

ra hasta que llegaron a una región del desierto nunca frecuentada. Atado el camello, el mungarí se debatía delirante, mientras cavaban una fosa como para hacer un pozo; cuando terminaron, lo descolgaron del animal, todavía bien atado, y lo metieron de pie en ella. Luego rellenaron todo el espacio alrededor de su cuerpo con arena y piedras y dejaron solamente la cabeza sobre la superficie de la tierra. A la débil luz de la luna nueva su cráneo afeitado y el turbante se asemejaba bastante a una piedra. El mungarí seguía suplicándoles e invocando a Alá y a Sidi Ahmed Ben Musda para que atestiguaran su inocencia. Pero podía haber estado cantando una canción, por la atención que prestaban a sus palabras. Después los *filala* se pusieron en camino hacia Tessalit; en unos instantes estuvieron fuera del alcance de sus gritos.

Cuando se marcharon el mungarí enmudeció esperando, tras las horas de frío, el sol que primero lo calentaría y luego lo abrasaría, llevándole sed, fuego y visiones. A la noche siguiente no sabía dónde estaba, no sentía el frío. A ras del suelo el viento le metía el polvo en la boca mientras cantaba.

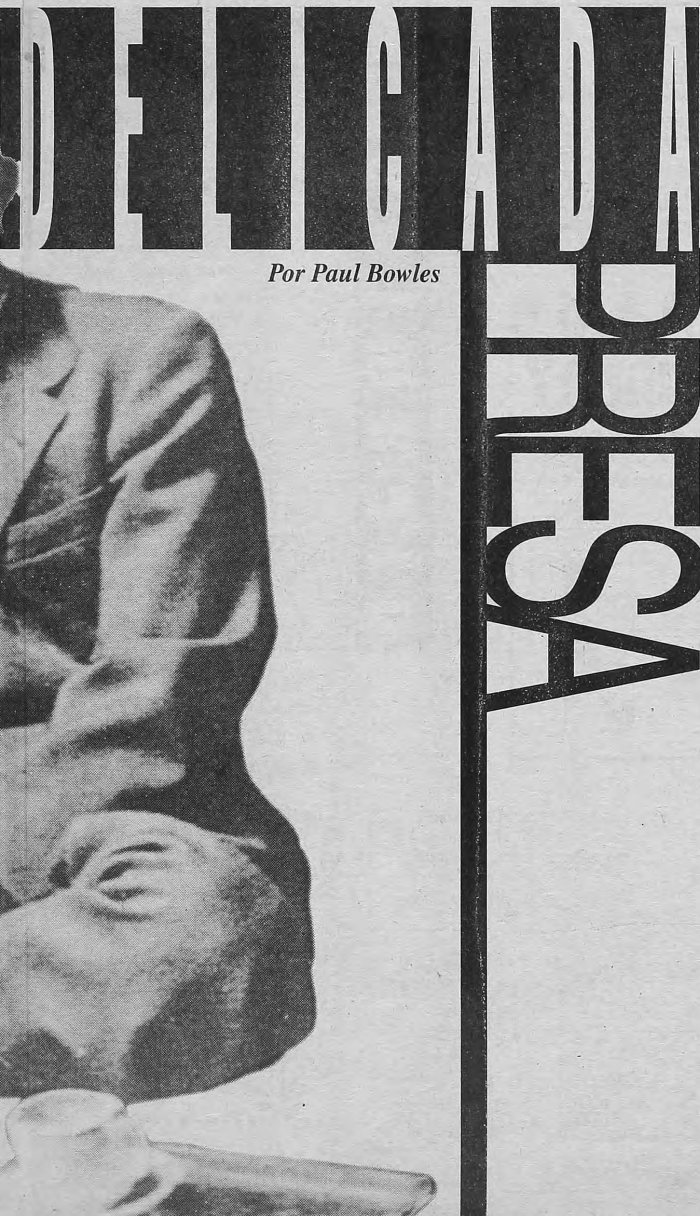
SS Saturnia

Nueva York-Gibraltar, 1948

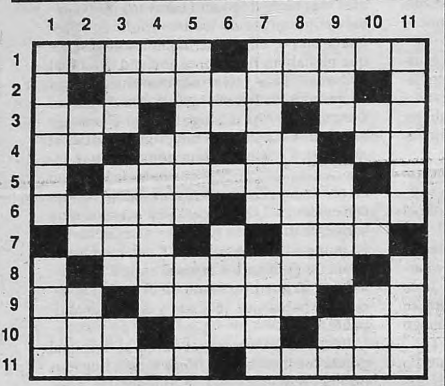
(Traducción de Guillermo Lorenzo)

Se reproduce aquí por gentileza de Editorial Alfaguara.

Por Paul Bowles



ortodoxo



HORIZONTALES

- Conjunto de indios en actitud hostil./ Dolor.
- Caucho endurecido por la vulcanización.
- Cabeza de ganado vacuno./ Percibir por la mirada./ Artículo (pl.).
- Prefijo privativo./ Forma de pronombre./ Terminación de infinitivo./ Artículo (fem.).
- Modelo, tipo (pl.).
- Alimento para caballos./ Carne a las brasas.
- En este lugar./ Consonante castellana.
- Elogiará, halagará.
- Apócope de mamá./ Tipo de batracio sin cola./ Terminación de infinitivo.
- Plantigrado (fem.)./ Distraída./ Nombre de mujer.
- Conocer./ Papel (pl.).

VERTICALES

- De color violeta (fem.)./ Dueños, señores.
- Preposición./ Acude./ Pongo un manjar a las brasas.
- Forma de pronombre (pl.)./ Casa de moneda./ Prefijo.
- Preposición: por causa de./ Hato, rebaño.
- Género literario./ Juntar.
- Símbolo del neón./ Gran masa de nieve que cae.
- Pez de río muy voraz./ Labrar la tierra con el arado.
- Antigua conjunción latina./ Rasante.
- Cloruro de sodio./ Habitación principal./ Contracción.
- Terminación genérica de los alcoholes./ Preposición./ Nombre de consonante castellana.
- De color de rosa./ Acudirá.

escaleras

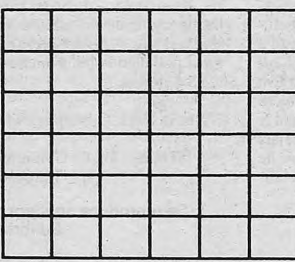
Pase de un escalón al siguiente cambiando una sola letra por vez. Tal vez lo logre en menos pasos que nosotros.

LLAVE	MARTE
COFRE	VENUS

acomodo

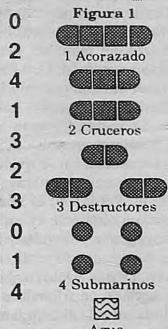
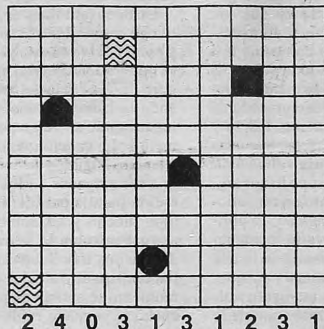
Anote en cada línea horizontal la palabra correspondiente, de modo que no queden letras repetidas en las líneas verticales.

- COROT
DEGAS
GOYA
KLEE
MIRO
MONET



batalia naval

En el tablero hay escondida una flota completa, igual a las que se muestran en la figura 1. Se dan algunos de los cuadros invadidos por la flota, y otros que sólo tienen agua. Además, al pie de cada columna y al costado de cada hilera, se indica cuántos cuadros ocupa la flota en esa columna o hilera. Deduzca la ubicación de la flota. Tenga en cuenta que los barcos en ningún caso se tocan entre sí.



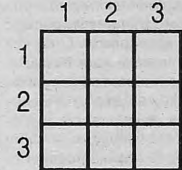
número oculto

El esquema da pistas con las que usted podrá deducir un número compuesto por cuatro cifras distintas (elegidas del 0 al 9), que no empieza con cero. En la columna B (de Bien) indicamos cuántos dígitos hay allí en común con el número buscado y en la misma posición. En la columna R (de Regular) se indica la cantidad de dígitos en común pero en posición incorrecta.

	B	R
	4	0
9 5 0 1	0	3
9 7 3 5	2	1
7 8 2 4	0	0
4 2 6 7	0	0

uno, dos, tres

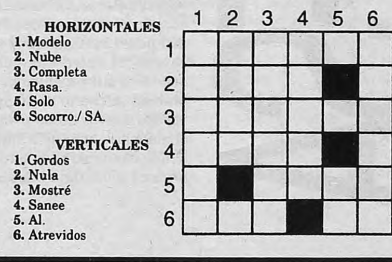
En cada casilla van una, dos o tres letras, pero en ninguna línea horizontal o vertical hay dos casillas con la misma cantidad de letras. Todas las palabras tienen seis letras.



- HORIZONTALES: 1. Pacen los animales en el campo. 2. Embarcación pequeña morisca. 3. Gafas, anteojos.
- VERTICALES: 1. (Bla) Físico y filósofo francés. 2. Echen trabas. 3. Escribas, apuntes.

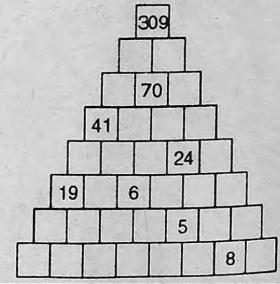
¿anagrama o sinónimo?

Algunas palabras están definidas con un sinónimo, otras con un anagrama (es decir, con sus mismas letras pero en otro orden).



pirámide numérica

Complete la pirámide colocando un número de una o más cifras en cada casilla, de modo tal que cada casilla contenga la suma de los dos números de las casillas inferiores. Como datos se dan algunos números ya indicados.

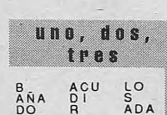


pirámide

escalera
A. Norte, porte, poste, peste, oeste. B. Rubí, rabí, rabo, robo, rojo.

número oculto
1406.

solución



¿Quiere seguir probando su ingenio?

JUEGOS DE MENTE

La súper revista de crucigramas. Súper variada... súper color... súper divertida. Pídale.